

LA EXPERIENCIA ESTÉTICA

María Luisa Viejo Sánchez
Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”

1. Vivimos en una época de “experiencias”. El verbo *experimentar* y todo un conjunto de términos pertenecientes a su familia léxica son frecuentes en el lenguaje, especialmente en el de nuestros jóvenes. Sería curioso comentar lo que cada persona suele entender por *experiencia*, porque la palabra está sirviendo hoy para múltiples referidos y, con frecuencia, está desviando su significado originario hacia campos semánticos muy distintos.

Cuando nos metemos en el terreno moral, el recurso a la experiencia corre el peligro de servir para justificar los comportamientos más antitéticos; creo, incluso, que muchas personas que se sitúan dentro del relativismo moral actúan movidos por el deseo de experimentar, sobre todo si la experiencia es novedosa.

El término *experiencia* suele ir acompañado de un adyacente que precisa y delimita su significación. Así, cuando queremos señalar qué contenidos de absoluto puede haber en una experiencia, precisamos especificando si se trata de una experiencia estética, una experiencia moral o una experiencia religiosa, porque las tres son ámbitos de experiencia distintos y, siendo distintos, hay que ver qué contenido de absoluto presentan.

Los límites que he impuesto a este trabajo hacen que me centre en la experiencia estética.

2. La experiencia estética es una experiencia importantísima, pues no podemos eliminar de nuestra vida el aspecto estético, que nos lleva a remontarnos a una determinada experiencia de Dios. El problema es que hoy en día, para muchas personas, esta experiencia no tiene ningún valor o, lo que es peor, se la ha desposeído de su contenido de absoluto y ha quedado relegada así a algo pasajero, sujeto a los cambios de la moda. Sólo comprendemos el valor de la experiencia estética si entendemos lo estético como un elemento interno de la vida humana y de la acción del hombre. Precisamente si en nuestros días muchas personas caen en el error de reducir la moral a un sentido de acción externa, es porque no entienden que, para que la acción sea algo humano, hay



que contar con su faceta estética. El tema estético está ligado al elemento de recepción primera que hay en el hombre antes de que éste se decida a obrar. El ser humano está capacitado para integrar en su actuar la disposición a una contemplación, y lograr realizar así una acción perfecta.

2.1 Desde una consideración metafísica, aristotélico-tomista, lo *bello* es una de las propiedades trascendentales del ser. Así, decimos que *ser* significa ‘ser-bello’, como perfección de los trascendentales. La belleza se nos presenta, desde esta perspectiva, en cuanto unidad de los trascendentales, como la perfección suprema del ser. En cierta manera, por lo tanto, la belleza, al considerarse como perfección de los trascendentales, se puede decir que los trasciende¹.

2.2 La belleza, así entendida, no se encuentra jamás perfectamente realizada en este mundo. Contemplando las cosas desde un punto de vista de creyentes, el ser humano se encuentra con el siguiente problema: ¿cómo llegar a Dios, que es la belleza absoluta, que realiza plenamente en sí la belleza, si en el mundo en el que nos movemos tenemos sólo retazos de belleza? Estoy, en el fondo, planteando la conocidísima cuestión de cómo casar la tendencia a la infinitud, que Dios ha puesto en el hombre, con su condición de ser finito.

En este planteamiento están, como telón de fondo, las siguientes consideraciones²:

– La persona humana se ve atraída por el amor de Dios y atraída por el amor de las criaturas, y esto sucede porque el ser humano está finalizado a Dios y finalizado al mundo. No se entienden estas dos dimensiones como antitéticas, sino como intrínsecamente unidas, porque son dos componentes de la teleología humana: la teleología humana u horizontal depende de la teleología hacia Dios.

– El ser humano, abierto a Dios, es capaz de reconocer y aceptar su llamada amorosa, y de responder a ella.

– El hombre no llega a Dios de manera directa o intuitiva, sino a través de las cosas del mundo. Aceptando la verdad y el bien que hay en el mundo, el hombre llega al encuentro con Dios.

2.3 ¿Qué papel desempeña la estética en esta situación, sobre todo, teniendo en cuenta que el mundo finito no es capaz de transmitirnos toda la belleza infinita? A. Ruiz Retegui afirma que “la estética es un elemento clave para que la persona persiga el fin bueno de una manera verdaderamente humana y libre, que suponga la puesta en juego efectivamente de todas las energías intrínsecas³”. La estética es, pues, piedra de toque de la teleología, lo que, aplicado a la moral, quiere decir que la presentación de los deberes morales está llena de belleza, no porque éstos se presenten externamente engalanados

¹ Cf. Peter Henrici (1990). *Introducción a la metafísica*, Rosario, pp. 67 y 69.

² Sigo a Antonio Ruiz Retegui (1998). *Pulchrum. Reflexiones sobre la Belleza desde la Antropología cristiana*. Madrid: Rialp, pp. 22-23.

³ A. Ruiz Retegui, *op. cit.*, p. 28.



con adornos preciosistas, sino porque hay que tener en cuenta lo importante que es el reconocimiento del fin para que la acción humana sea sana (recta y libre). “La hermosura que debe brillar en la experiencia ética es la de la realidad amable: Dios mismo, y el bien de los demás⁴”.

2.4 En la experiencia estética, lo absoluto es la forma. La belleza se expresa primariamente en la forma porque ésta es lo primero que vemos e impacta especialmente.

La forma nos presenta la realidad como una unidad inteligible, como una totalidad y no como un conjunto de elementos inconexos. “La forma es la condición de la realidad en la que brilla antes su *pulchrum*”.

Desde el punto de vista teológico, nos interesa saber qué es la forma de lo cristiano porque, al encontrarla, sabremos comprender la belleza que el cristianismo encierra y, aplicando lo que acabo de decir arriba, captaremos la belleza que impregna los deberes morales de la vida cristiana.

La salvación que el Padre ofrece al ser humano de manera gratuita, que comienza con la creación del hombre y del mundo, y que se lleva plenamente a cabo con la redención de Cristo, imprime al ser humano y al mundo una “forma” tan propia y tan característica que en nada se parece a las otras formas con las que se nos presenta el hombre y el mundo en el paganismo. La persona humana queda tan marcada por la salvación que el Padre ofrece en Cristo y por Cristo que adquiere una forma nueva. El cambio es tan radical que el Nuevo Testamento nos presenta abundantísimos ejemplos de cómo lo que ha sucedido es que, con la gracia de Cristo, ha desaparecido el “hombre viejo”, convertido en un “hombre nuevo”. Ya en las primeras comunidades cristianas se insistía en que quienes habían recibido la gracia de Cristo, resucitado y glorificado, no podían vivir como los paganos. Así, desde el nacimiento del cristianismo, lo característico de la forma de lo cristiano es la vida peculiar que otorga la gracia; saber vivir la llamada a la santidad en medio del mundo.

3. A mi modo de ver, el Nuevo Testamento nos ofrece un ejemplo precioso de cómo el cristiano, de acuerdo con su condición de “hombre nuevo”, debe valorar la verdadera belleza y saber dónde reside. Se ha subrayado con frecuencia que la Primera Carta de Pedro es un documento mucho más práctico que doctrinal; según esto, se comprende fácilmente la importancia que adquieren las exhortaciones particulares a los miembros de la *domus*. Pues bien, dentro de la exhortación que el autor hace a las mujeres (3,1-6), se incluye, a modo de paréntesis, dentro del contenido fundamental —que es la llamada a que la mujer cumpla sus obligaciones y sea sumisa a su marido—, una referencia al adorno femenino. Así, el tema del arreglo femenino en 3,3-5 puede entenderse como una amplificación, a modo de glosa, de la sumisión presentada en 3,1.

La crítica del adorno femenino y del lujo exagerados es un tópico que aparece en diversas culturas de todos los tiempos. La idea de que la mujer no ha de llevar excesivos

⁴ A. Ruiz Retegui, *op. cit.*, p. 28.



adornos y vestidos ampulosos se encuentra en el judaísmo y en el mundo grecorromano⁵. Lo que aquí me interesa resaltar es que 1Pe utiliza este tema para afirmar que el verdadero adorno de la mujer se encuentra en su interior. Se establece así una antítesis, que domina todo el fragmento, en la que se contrasta el adorno externo con el adorno centrado en el corazón. Lo que verdaderamente importa es “el hombre interior”, cuyo adorno es un “espíritu apacible y sosegado”. Ese espíritu es incorruptible, a diferencia del adorno exterior, porque es el Espíritu Santo de Dios que actúa regenerando a la persona desde dentro. El arreglo exterior es artificial y pasajero, como obra de hombres que es; la transformación interior sólo puede venir de Dios porque es la gracia divina la que cambia al hombre en un ser nuevo. Lo que el autor de 1 Pe hace, en conclusión, es una defensa del “hombre interior” que tiene el mejor de los adornos: el Espíritu de Dios que le permite renovarse (2Co 4,16; Col 3,1-3), y esto es lo que la persona debe cuidar cada día.

Si he aducido aquí este texto de 1 Pe es porque me parece un magnífico ejemplo de dónde está, para un cristiano, la belleza. Antes he dicho que la belleza, como perfección suprema del ser, no se encuentra nunca perfectamente realizada en este mundo; de ahí que, para un cristiano, se pueda considerar vacío, sin valor, el adorno externo, que es caduco, en tanto que se considera que la verdadera belleza, la plena, es la del corazón interior renovado, porque ésta es la que nos acerca a Dios, suprema perfección. Es la belleza interior, la del espíritu, la que se expresa en una forma que remite a la vida nueva en Cristo.

No se trata de despreciar la belleza externa, sino de entender que ésta no es la que ofrece la plenitud porque no posee la perfección suprema.

4. La literatura nos proporciona algunos ejemplos que evidencian la importancia de la belleza interior.

4.1 Sin el contenido teológico que tienen las afirmaciones de 1 Pe 3,3-5, el escritor Antoine de Saint-Exupéry nos ha dejado en su famosa obra *Le petit prince*⁶ unas emblemáticas frases en las que, utilizando también como recurso la antítesis, pone de manifiesto el valor de lo interior sobre lo exterior. Le dice el zorro al Principito: “On ne voit bien qu’avec le coeur. L’essentiel est invisible pour les yeux”. Parece claro que “lo esencial” hace referencia a lo interior, a aquello que no se aprecia a simple vista porque no es de orden físico, sino espiritual. Hay que tener en cuenta, además, que en el contexto inmediatamente anterior a estas frases nos deja Saint-Exupéry toda una teoría sobre la relación entre la belleza y el amor, cuando el Principito opone (antítesis de nuevo) la belleza vacía de unas rosas “impersonales”, a las que nadie ha cuidado, a la plenitud de belleza que se encierra en su rosa, la que él ha cuidado con esmero y por la que se ha preocupado; en una palabra, a la que “ha querido”. El amor ha dado a la rosa una belleza

⁵ Ideas así se encuentran en los neopitagóricos Fintión y Perición, en Plutarco, en Juvenal, etc. Cf. J. R. Michaels (1988). *1Peter*, Waco, Texas: Word Book Publisher, p. 159.

⁶ Antoine de Saint-Exupéry (1970). *Le petit prince*. Paris: Gallimard, p. 59.



—la interior—, la que se ve con el corazón, muy distinta de la belleza extena, la que sólo se ve con los ojos, y que es la que tienen las rosas por las que nadie se preocupa:

Vous êtes belles [las rosas], mais vous êtes vides, leur dit-il encore. On ne peut pas mourir pour vous. Bien sûr, ma rose à moi, un passant ordinaire croirait qu'elle vous ressemble. Mais à elle seule elle est plus importante que vous toutes, puisque c'est elle que j'ai arrosée. Puisque c'est elle que j'ai mise sous globe. Puisque c'est elle que j'ai abritée par le paravent. Puisque c'est elle dont j'ai tué les chenilles [...] Puisque c'est elle que j'ai écouté se plaindre, ou se vanter, ou même quelquefois se taire. Puisque c'est ma rose.

4.2 En la tradición cristiana lo natural se ha preferido siempre a lo artificioso. Esto es mucho más acusado si el artificio tiene como finalidad ocultar una realidad defectuosa, ya que el artificio se convierte así en un fraude o en la creación de un mundo ficticio, engañoso y mendaz. En la literatura española son numerosísimos los textos de todas las épocas en los que se exalta la belleza espontánea y sin elaborar con la que la naturaleza adorna a sus criaturas, especialmente a las mujeres. Creo que en esta tradición resuenan las palabras de Jesús, cuando alaba la belleza de los lirios del valle por encima de la pompa de Salomón y toda su corte (Mt 6,28-29). Se recoge en nuestros textos literarios la oposición entre la belleza natural, como verdadera, en el sentido de que el hombre no ha introducido en ella el artificio, y la manipulación que éste hace cuando recurre a enmascarar los defectos, lo que crea así una belleza falsa.

El artificio en el adorno personal, el empleo de afeites y cosméticos, el exceso en el uso de atavíos caros y lujosos llevan consigo un peligro sobre el que los moralistas de todos los tiempos han llamado la atención: se considera que un exceso en el cuidado exterior puede llevar a descuidar el interior de la persona. Se corre, además, el peligro de que al ser humano se le juzgue por las apariencias, y no por su realidad íntima, por la bondad o maldad de su corazón.

Los límites de este trabajo me impiden detenerme en la cantidad de textos literarios españoles que han recogido este tema; en muchos de ellos, hay un influjo bastante claro de 1 Pe 3,3-5 y de 1 Tm 2,9-10. Creo que basta con citar un par de textos que me parecen significativos. Uno de ellos es un texto de Fray Martín de Córdoba⁷, en el que se emplea un argumento utilizado con cierta frecuencia para condenar el empleo de afeites y adornos excesivos por parte de las mujeres, y que consiste en la comparación con el Cristo crucificado; es el recurso al sentimiento, a conmover las entrañas del lector para mover a la acción, procedimiento que se ha empleado en todas las épocas, pero que llega a su máximo desarrollo en el Barroco. El texto dice así:

⁷ Fray Martín de Córdoba (1974). *Jardín de las nobles doncellas* (1468?). Ed. Harriet Goldberg, Chapel Hill, University of North Carolina.



La mujer que se pinta, en todo es contraria al crucifijo. El cual, primeramente, tiene la cabeza espinada; e ésta lleva la cabeza con grandes tocas volantes, e los cabellos muy rutilantes. Nuestro Señor tiene la cara ensangrentada; ésta la lleva arrebolada. Él tiene los ojos llorantes; ella los tiene con alcohol cintillantes. Él siente hedores del lugar donde estaba crucificado, que era *calvariae locus*; ésta ni le queda almizcle, ni algalia, ni otros olores provocativos. Él tiene la boca llena de hiel y vinagre; ésta busca mil golosinas para satisfacer su gula. Nuestro Señor tiene las manos enclavadas; ésta las lleva alheñadas e de guantes bien dotadas. Nuestro Señor tiene los pies con clavos atados; ésta, grandes chapines calzados. Él tiene saya de azotes; tú tienes cortapisas y pellotes.

Otro texto muy claro, en el que se desarrolla este tema con más amplitud y mayor sentido cristiano, es el del capítulo XI de *La perfecta casada*, de Fray Luis de León. El título del capítulo resume perfectamente su contenido: “De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme a lo que pide la honestidad y la razón. Aféase el uso de los afeites, y condénanse las galas y los atavíos, no sólo con razones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino también con dichos y sentencias de los Padres de la Iglesia y autoridades de la Sagrada Escritura”. Todo este capítulo es una reflexión, cargada de erudición, que tiene como finalidad desembocar en los pasajes neotestamentarios de 1 Pe 3,3-5 y 1 Tm 2,9, textos que sirven de colofón a toda la exposición anterior. Fray Luis realiza una exposición sosegada y llena de erudición para ridiculizar los excesos en el uso de joyas y vestidos lujosos pero, sobre todo, para condenar el empleo de maquillajes y afeites. “¿Para qué se afeita la mujer casada?”, se pregunta el fraile agustino, y responde:

Porque si va a decir la verdad, la respuesta de aquel *para qué* es amor propio desordenadísimo, apetito insaciable de vana excelencia, codicia fea, deshonestidad arraigada en el corazón, adulterio, ramería, delito que jamás cesa. ¿Qué pensáis las mujeres que es afeitarse? Traer pintado en el rostro vuestro deseo feo. Mas no todas las que os afeitáis deseáis mal. Cortesía es creerlo. Pero si con la tez del afeite no descubris vuestro mal deseo, a lo menos despertáis el ajeno. De manera que con esas posturas sucias, o publicáis vuestra sucia ánima, o ensuciáis las de aquellos que os miran. Y todo es ofensa de Dios. Aunque no sé yo qué ojos os miran que, si bien os miran, no os aborrezcan. ¡Oh asco, oh hedor, oh torpeza!⁸

4.3 En la tradición literaria de los países occidentales, se ha reflejado constantemente la identificación platónica entre bien y belleza, de manera que los personajes buenos eran, a la vez, hermosos, y viceversa. Con el Romanticismo, se produce el divorcio de estas dos cualidades, y aparecen frecuentemente personajes bellos y malvados, frente a otros de apariencia horrible, fea, incluso repugnante, pero dotados de un corazón bondadoso, poseedores de la belleza interior, que es la auténtica. Esto lo podemos ver claramente en

⁸ Fray Luis de León (1957). *La perfecta casada*. Madrid: BAC, pp. 308-309.



obras como *Notre Dame de Paris*, de Victor Hugo, en la que el protagonista, Quasimodo, es un ser deforme, pero que encarna la bondad. En la literatura española tenemos el ejemplo de *Marianela*, de Galdós, obra en la que la protagonista, muy poco agraciada físicamente, encierra todos los encantos que tiene la bondad del corazón.

5. Cuando revisamos el concepto de *belleza* en la modernidad, comprobamos que hemos asistido en los últimos años a una “dispersión de los trascendentales”. El *pulchrum* se ha ido separando de su correspondiente *verum* o *bonum*, con lo que ha quedado reducido a una especie de belleza autónoma que se restringe a la moda, a lo que en un determinado momento se considera estéticamente válido⁹. Interpretado así el *pulchrum*, deja de ser un trascendental del ser y ya no se entiende la experiencia estética como un elemento interno de la vida humana; por lo tanto, no se integra en la acción del hombre.

Es grave el tributo que estamos pagando en nuestra sociedad actual a este modo de interpretar la belleza porque la hemos reducido a algo externo que se puede encontrar en las llamadas “obras de arte” (en un sentido amplio), en las muestras estéticas que la cultura nos ofrece, pero ya no se intenta encontrar la belleza en el mundo y en el hombre.

Si nos detenemos a pensar lo que es el mundo de la moda hoy en día, y lo que en general la gente entiende por belleza, podríamos preguntarnos si queda algo del modo de pensar cristiano de los pasajes neotestamentarios a los que antes he aludido. Quizá no sea éste el lugar para responder. Simplemente quiero decir que, normalmente, cuando la gente oye hablar de la belleza no piensa en la interior, en la del corazón. El término *belleza* no suele utilizarse para referirse a una dimensión espiritual del individuo, ni se piensa en integrar la belleza en la acción moral humana.

Hay que introducir la “forma” de lo cristiano, como algo interno, en la acción del hombre. Tal vez el reto que nos queda sea retomar el concepto cristiano de la belleza como algo que sólo puede emerger de un corazón humano transformado por la gracia de Cristo.

⁹ A. Ruiz Retegui, *op. cit.*, pp. 48-49.



